

*Ciudad de La Habana
26 de junio de 1985*

General (r) Nelson Werneck Sodré

Estimado general:

El problema de la deuda externa se ha convertido, sin lugar a dudas y según admisión unánime, en el más importante para la economía de la América Latina y el Caribe en su conjunto y las economías de cada uno de nuestros países. La cifra superior ya a los 360 mil millones de dólares que la América Latina y el Caribe deben a la banca privada, a los organismos multilaterales de crédito y a diferentes gobiernos de países desarrollados, gravita sobre el continente con un peso que se hace insoportable en las condiciones de la situación económica internacional. Incluso en aquellos países que tienen una menor deuda absoluta o una menor deuda per cápita, la comparación entre sus ingresos por exportación y el servicio que demanda esa deuda, arroja un resultado tan desfavorable que no puede evitarse la convicción de que, en esas condiciones, el desarrollo económico es imposible.

La gravedad de la deuda externa latinoamericana aumenta cuando se advierte que la misma no obedece tan solo a circunstancias coyunturales que podrían variar, sino que deriva principalmente de la naturaleza estructural de las relaciones económicas entre los países subdesarrollados y los países capitalistas desarrollados, dentro de las cuales se mueve el conjunto de la América Latina y el Caribe.

Es evidente que la crisis económica internacional generada en los últimos años en las economías capitalistas desarrolladas, y cuyos efectos sufrimos, hace más difícil para los países de la América Latina encarar el pago de sus deudas. Pero aun en el improbable caso de que esa situación económica internacional mejorara, los problemas fundamentales de la América Latina y el Caribe quedarían sin solución. Mientras subsista el intercambio desigual, que impone precios de ruinas para nuestros productos

básicos al tiempo que eleva constantemente los precios de los bienes industriales que importamos; mientras continúe vigente la anarquía de una economía monetaria en la que prevalece un dólar sobrevalorado; mientras no se resuelvan los problemas del proteccionismo, que se agravan cada vez más lejos de ser eliminados; mientras permanezcan altos los intereses, aunque sus niveles actuales experimenten una reducción moderada, la América Latina y el Caribe no solo no podrán desarrollarse, sino que, como ha ocurrido en los últimos años, experimentarán un retroceso.

Profundamente preocupado por los problemas de la economía latinoamericana y de su deuda externa, les he dedicado en los últimos tiempos, como tal vez usted sabe, intensas reflexiones. He hecho conocer el resultado de estos análisis mediante distintos documentos, algunos de los cuales le acompaño; otros están por publicar. En esas entrevistas, he expresado, con el auxilio de datos que nadie podría contradecir y de análisis que no han sido impugnados, mi convicción profunda de que la deuda de la América Latina es impagable. Como he dicho, esto no significa que considere que sea ésa la posición que deban asumir de inmediato los representantes de los gobiernos en el diálogo necesario entre acreedores y deudores que estoy propugnando. Pero, a la larga, la deuda no podrá pagarse y hay que encontrar soluciones alternativas, algunas de las cuales he enunciado como sugerencias.

Mi examen me ha convencido, además, de que ni siquiera si se arribara al acuerdo de no pagar la deuda quedarían resueltos los problemas de la América Latina y el Caribe. Si subsisten las otras situaciones derivadas del actual orden económico internacional, será imposible no solo impulsar el desarrollo de los países latinoamericanos, sino mitigar siquiera la situación de los 130 millones de hombres y mujeres del continente que viven en condiciones de pobreza crítica. De continuar agravándose la situación actual, es difícil imaginar el desarrollo ulterior de los procesos de recuperación democrática en marcha en el continente, y más difícil aún el surgimiento de otros.

Por eso, el análisis de la deuda tiene que estar vinculado a la promoción del Nuevo Orden Económico Internacional, acordado en las Naciones Unidas pero a la vez ignorado, a pesar de las demandas permanentes de Negociaciones Globales que siguen formulando los países subdesarrollados.

Hay algo que resulta cada día más evidente para las figuras responsables y los pueblos de la América Latina y el Caribe: las soluciones que ha impuesto y pretende seguir imponiendo el Fondo Monetario Internacional son inaceptables, no solo porque no resuelven la urgente situación de nuestros países, sino porque la agravan.

Es preciso, pues, discutir con amplitud estas cuestiones, sin condiciones previas ni posiciones rígidas, sostener un intercambio de ideas en que participen todas las fuerzas de que requiere la América Latina para hacer frente a esta crisis, que por sus características es más grave que la de los años de la Gran Depresión y más decisiva que aquella que dio lugar, hace 175 años, a las independencias iniciales de los países latinoamericanos.

El problema de la deuda nos envuelve a todos, empresarios y trabajadores, terratenientes, campesinos y obreros agrícolas, conservadores y radicales. Solo aquella minoría insignificante que siempre ha vivido y quiere seguir viviendo a espaldas de sus países y al servicio de intereses externos, puede permanecer insensible a este problema. Los demás estamos involucrados, como latinoamericanos y caribeños, por obligación histórica; pero también como gobernantes, dirigentes políticos, empresarios, intelectuales o trabajadores, porque es el propio destino de cada una de esas fuerzas el que está en juego.

Tanto el resultado de mis propios análisis como los provechosos intercambios que he sostenido en los últimos tiempos con dirigentes de diversos sectores de nuestros países, me han llevado a la conclusión de que sería de interés contribuir a una reflexión sobre estos problemas. Sería una discusión sin otro punto que el análisis de "La Deuda de la América Latina y el Caribe en el Contexto de la Crisis Económica Internacional. El Nuevo Orden Económico Internacional y su Urgencia." Una discusión sin documento previo y sin la pretensión de que de ella se deriven acuerdos ni conclusiones. Diálogo, a la vez, académico y político, profesional y popular; análisis en que podría quedar en relieve la coincidencia de intereses en este problema entre el empresario y el obrero, el cristiano y el comunista, hombres de izquierda y conservadores; intento de que la verdad que cada uno de nosotros creemos tener pueda convertirse en una verdad compartida por todos después del análisis colectivo de tan acuciantes problemas.

Lo invito a usted para que, en su condición de personalidad destacada esté presente en la reunión de carácter continental que iniciaremos en La Habana en la noche del 30 de julio y continuará el 31 de julio y los días 1, 2 y 3 de agosto próximos.

Pretendemos reunir en esta ocasión a más de 300 representantes de todas las fuerzas políticas, sociales e intelectuales posibles de la América Latina y el Caribe, sin restricciones ideológicas, religiosas o de clase.

Le agradecería mucho hiciera usted el mayor esfuerzo para estar presente en esta reunión, en la que a todos nos resultará extraordinariamente útil poder contar con sus opiniones y experiencias.

Lo saludo atentamente,



Fidel Castro Ruz